

las violentas inclinaciones que despierta en él una imaginación desenfrenada? Dotado por la naturaleza de amplios medios para cometer toda clase de crímenes, sería el animal más fiero é ingrato; sería la ruina de su propia especie y del admirable reino orgánico, si no iluminara su inteligencia conduciéndola, por medio de la civilización, á conservar el equilibrio de la naturaleza organizada y á su felicidad. Sí, la civilización le designa cual es su alta misión, le enseña á conservar la nobleza de su carácter y á huir con horror de afrentosos desvarios.

Al par de la civilización caminan las ideas religiosas, que, encumbrando nuestro espíritu, y recordándole su descendencia del Ser Supremo, ennoblecen al hombre alejándole de las pasiones ruines y ofreciéndole en pago de sus dolorosos sacrificios en esta vida, celestia recompensa.

A la par que las ideas del hombre son perfeccionadas por la ilustración, desaparece el fanatismo ciego que le conduce á adorar las cosas materiales que más impresión causan en sus sentidos y más distintamente obran sobre su imaginación. Una convicción sana y profunda graba en su mente sentimientos indelebles de amor y sumisión hácia un ser invisible que sujetó la materia á leyes eternas é invariables. La superstición y el egoísmo han calumniado más de una vez á las ciencias, y en especial á las naturales, oponiendo un obstáculo grande al perfeccionamiento del hombre; pero la fuerza material, lejos de sofocar la razón y la verdad, aviva el fuego que arde en el corazón del hombre y le sirve de elemento y de conductor que esparcen la luz por todos los ángulos de la sociedad. Un ejemplo brillante nos suministra el Cristianismo, que cuanto más fue el blanco de la persecución de los tiranos, más se extendió en alas de los mártires por todo el orbe conocido. Ejemplos sorprendentes nos presentan las ciencias naturales, que con una constancia y resignación admirables para sufrir los ataques de la ignorancia y de la rivalidad, fundaron las verdaderas doctrinas que arrastraron al mundo tras de los genios de Copérnico, de Galileo y de Newton.

El progreso de las ciencias, lejos de separarnos del camino trazado por el Eterno, nos conduce á interpretar el gran libro de la creación. Las ciencias y, las naturales tanto como las demás, nos enseñan con sus adelantamientos á traducir y comprender los enigmáticos símbolos de los libros sagrados. Todos los esfuerzos del hombre se dirigen á descifrar estos enigmas, estas verdades que encierran en sí cuanto la especie humana podrá conocer en el transcurso de su vida. Trascendental es para el hombre la errónea suposición de que el descubrimiento de unas verdades destruye la fuerza de las demás. Las verdades no se repelen; la verdad es una, como lo es la ciencia. Caminemos, pues, seguros hácia la verdad, despreciando las persecuciones de almas pobres é ignorantes; sigamos el ejemplo de Sócrates y de otros hombres eminentes que se dedicaron al estudio de la contemplación de la Providencia, y que, sin embargo, fueron llamados ateos. ¡Cuán distante no vive del ateísmo el que admira la magestad de la naturaleza!

En medio de las persecuciones más violentas, nunca han dejado de reconocer ni los pueblos, ni los monarcas el predominio del saber y de la verdad. Las ciencias, destruidas en el Septentrion por los godos y los vándalos, y en el Oriente por los sarracenos y los tártaros, recibieron nuevo brillo por la benéfica influencia del Cristianismo, que, llevando á su cabeza á los Agustinos, los Gerónimos, los Basilio, los Atanasios y los Clementes de Alejandría, libertó á la mente humana de la opresión brutal que la barbarie le impusiera.

No de otra manera las ciencias naturales, ahogadas

en su cuna por el temor que infundieran sus verdades, encontraron su apoyo en el engrandecimiento del Cristianismo, cuyas doctrinas fueron comprobadas necesariamente por los descubrimientos de los sábios. Estos descubrimientos demuestran palpablemente su error á los incrédulos, que suponen no hallar en la naturaleza cuanto del Supremo nos diese el código escrito por Moisés.

La sabiduría ó la ciencia no es otra cosa que el reflejo y esplendor del mismo Dios, y solo mora en este luminoso origen de toda verdad. «La ciencia, dice Platon, es la comprensión de las cosas divinas, que solo podemos alcanzar separándonos del cuerpo, este sepulcro del alma.» Unica base de la pública felicidad, nos embelesa con sus maravillosas contemplaciones, y satisface la necesidad imperiosa de nuestro espíritu.

Felices son las naciones gobernadas por sábios filósofos; ¿pero cuánto más felices no lo serán si sus mismos soberanos son los primeros que impulsan el saber? ¿Podrá compararse la felicidad de los pueblos dirigidos por Salomones y Antoninos con la de aquellos que, capitaneados por príncipes feroces y sanguinarios, no vieron en su seno más que la desolación causada por la sed del oro y la venganza, ó por alcanzar laureles conquistados con el acero? Estos pueblos cuentan una existencia efímera, existencia que siendo tristemente célebre para la humanidad, termina con la vida de su monarca, dejando en la historia una página de luto y de horror. Esto nos demuestran los reinados de los Tiberios, de los Calígulas y de los Domicianos, que, enemigos de todo mérito y furiosos contra toda clase de saber, quebrantaron el poder de su imperio y labraron con la barbarie y la ignorancia el edificio de los tiempos funestos de los Genséricos y los Atilas.

Bien sabemos que se ha dicho que el turco ignorante impuso leyes severas á los griegos á pesar de su ingenio y de sus letras; que el feroz tártaro sujetó á los chinos, civilizados y doctos; que el violento *Hogul* doblegó bajo su cimitarra la cerviz del estudioso Bracman; que el vándalo, por fin, saqueó á Roma é Italia, centro entonces de la civilización europea. Guardaos, sin embargo, de atribuir á las ciencias el influjo del despotismo, que envilece los corazones. ¿Cómo quereis que los hombres aventurasen la vida en pró de un gobierno que odiaban ó menospreciaban? ¿Debia el valiente heleno sacrificarse por la corte disoluta del bajo imperio, mientras los Césares despóticos desangraban con su cetro las desgraciadas provincias, teatro de sus incesantes lides? ¿Era de esperar que los romanos acudiesen todos á las armas para rechazar á sus libertadores los éruos y ostrogodos? ¿Qué les importa á los chinos y á los indios que yacean los campos asolados por sus mandarines ó por sus enemigos? Quizás el nuevo vencedor sea para ellos más generoso. ¿Se dirá todavía que la ciencia envilece á los pueblos? No, no es la ciencia, la opresión es la que los reduce á la triste alternativa de escoger un tirano; las ciencias progresaron siempre con la actividad del hombre. Recorred sino, toda la tierra y las edades conocidas, y ved cuáles fueron las primeras naciones que por el cultivo de las ciencias se encumbraron á lo sumo de la civilización y del valor. ¿Son acaso los pueblos á quienes un cielo ingrato encapota con los hielos polares, obligándolos á arrancar á la naturaleza su escasa y cortísima subsistencia á fuerza de trabajo y de privaciones? ¿Serán acaso esos afortunados moradores de los trópicos á quienes el plácido clima que les depara el cielo infunde ocio apacible en el seno de la abundancia? ¿Qué necesitan aquellas gentes para disfrutar de la vida? Así yacen arrinconados y desidiosos los indios y africanos, hijos mimados de la naturaleza. La civilización y la gloria se han visto florecer en los climas donde